era la estimacion que le profesaban y el afecto que supo grangearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso peligroso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una partida de hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el gefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdon de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenia la mayor satisfaccion en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenage de admiracion.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicacion de su Orlando, no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viages para recoger el consejo y la opinion de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adicionado considerablemente, en cuarenta y seis cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al improbo trabajo que le exigió esta última edicion de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533; su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como espresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veia otro símbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrarés discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus espensas en la nueva iglesia de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el dia mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estátuas y de las alegorías, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecia, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó tenia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo él mismo, y en trage de bata y chinelas. Su conversacion era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenia orgullo ni ambicion; leia pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su *manía;* cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposicion de los aposentos de su casa, é hizo grabar sobre el dintel de la portada este dístico latino:

Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non Sordida. parta meo sed tamen ære domus. (*S. C.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Bonald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que expresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienen, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caractéres que señalan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entiéndase que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispierta, que sujeta y no convence, encadena el cuerpo, mas no reina en el espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y sí de aquella otra autoridad que es el poder moral por escelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos mismos de los subordinados, ese poder, símbolo del órden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazon se abata.

Examínese el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el órden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político; en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y usa de su poder; y siempre echareis de ver su falta, y siempre descubrireis un grande esceso de independencia individual.

Ora se considere aquella autoridad creada por el saber y la esperiencia, que anda por lo comun cubierta de canas, grave de suyo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posicion social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atienda á la que se levanta en el seno de las familias, espresion de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y orígen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarnecida no pocas veces por la multitud,

está débil, enervada, habiendo perdido, merced á mil poderosas causas, el prestigio y saludable ascendiente que en otros tiempos obtuviera.

Porque, preciso es decirlo, la autoridad obrando cual cumple á sus destinos, y sin ahogar con su peso la razon, es el sosten, la guia del individuo, es la trabazon, oculta, si se quiere, pero la mas fuerte que tienen las sociedades humanas. Sin autoridad, las pasiones carecen de dique, la libertad de contrapeso, la ignorancia de luz, los deseos de fijeza, la debilidad de apoyo, la sociedad de nucleo y el mundo de órden. Porque, para que las naciones adelanten, para que la familia exista, para que el individuo no se pierda, desconcertándose su entendimiento y cangrenándose su corazon, no basta, no, la fuerza material; no basta, no, el azote del castigo; no basta, no, que luzcan y se agiten en este horizonte tenebroso las centellas de la razon humana, sino que es menester la autoridad, ó para hablar con mas exactitud y compendiar el pensamiento en una sola frase, es necesaria la combinacion y armonía de esos tres elementos, *la fuerza, la autoridad y la razon*.

La razon, la autoridad y la fuerza: hé aquí las tres robustas columnas del edificio social. Arrancad una de estas columnas, derrivad, conmoved una de estas bases, y notareis que el edificio tiembla, se bambolea, y advertireis que la sociedad se desploma, se pulveriza á vuestras plantas. Verdades son estas que la historia nos enseña con sus lecciones, que la esperiencia nos muestra con sus escarmientos terribles.

Y tan cierto es que la *autoridad, la razon y la fuerza*, son necesarias en toda sociedad, no menos como un medio de progreso, que como una condicion de su existencia; que no cabe encontrar ningun estado en que en cantidad mayor ó menor, materializando la idea, no entren estos tres elementos.

Recorred todos los paises, entrad en el seno de cualquier familia, penetrad en lo interior de un estado, y por mas incomprensible que su situacion sea, y por peregrino y variado que se os presente el carácter de sus individuos, dóciles y sumisos los uno, altivos y rebeldes los otros, bárbaros ó civilizados, sea la sociedad jóven y briosa, ó descrépita y moribunda, limitada ó extensa, pacífica ó agitada, virtuosa ó corrompida, política ó doméstica, siempre notareis que habla en voz mas ó menos alta *la razon*, que se levanta mas ó menos *la fuerza*, que obtiene mayor ó menor ascendiente *la autoridad*. Será esta una criatura de la ley, creada acaso por la esperiencia; procederá de los años ó de la posesion, mas al fin será una autoridad verdadera, é influirá en los ánimos y obrará en la sociedad de un modo distinto de *la fuerza*, de una manera diversa de *la razon*, como que la *razon* obra sobre el entendimiento, y la *fuerza* sobre el cuerpo, y la *autoridad* va en derechura á la cabeza y al corazon.

A veces vereis que solo la *fuerza* se alza, domina y comprime la sociedad. Epocas son esas de tiranía, que tiranía hay cuando la *fuerza* va delante, y á lo lejos y detrás la siguen, temblando y sin aliento la *autoridad* y la *razon*.

A veces vereis que la *autoridad* existe en las alturas del poder; pero sola, abandonada, sin que tenga á un lado la *razon* que amoneste y la *fuerza* que contenga. Epocas son estas tumultuarias y de desórden, pues hay desorden y anarquía, siempre que la *autoridad* carece del patrocinio de la *razon* y del apoyo de la *fuerza*.

A veces vereis que la *autoridad* y la *fuerza* siguen por un mismo camino, juntas, unidas, desdeñándose de ir con la *razon*, á la que desprecian, y que dejan muy atrás. Epocas son estas de inmovilidad ó retroceso, pues hay inmovilidad ó retroceso siempre que la *razon* está privada de enseñar su perfeccionamiento al hombre, y los medios de mejorar á la sociedad.

Cada una de estas épocas está representada en la historia: en el feudalismo encontramos la primera: en la Francia del último siglo, y en los sucesos que prepararon la catástrofe del infortunado Luis XVI descubrimos la segunda, y quizás para hallar la tercera, no seria preciso remontarse muy alto en la crónica de nuestro pais.

Lo que se echa de menos en los tiempos actuales y en las sociedades mas influyentes, no es la razon, no, al contrario, por do quiera se la encuentra, por do quiera manda: Empero la razon por sí sola no es bastante: mas aún, es peligrosa. La razon ilumina, sí; pero tambien quema: dirige, sí; pero tambien estravía: impulsa, sí; pero tambien precipita; es el órgano de la verdad; pero tambien es el eco de la mentira, es una máquina que edifica; pero tambien es un ariete que derriba.

¿Qué practican, pues, qué se ven forzados á practicar los gobiernos para contener el ímpetu destructor y anárquico de la razon individual, para poner coto á sus pretensiones exageradas, para suplir la autoridad? ¿Qué hacen? Aumentan la fuerza material, redoblan la vigilancia. Así es, que se presenta como un fenómeno notable, que en Francia cabalmente en la época de su mayor ilustracion, y despues de las conquistas que han hecho allí la civilizacion y la libertad, exista en pié un ejército numerosísimo é imponente, y que no podais dar un paso sin que os encontreis con un soldado ó con un agente de policía. Y ¿por qué esos pasaportes, esos registros, esas trabas que detienen al hombre, y embarazan su curso en los tiempos mayormente en que mas alto se proclama su libertad? ¿Por qué ese cúmulo de fuerza, y esa multitud de precauciones que todas revelan el temor y la suspicacia? Porque falta la autoridad, y ésta de un modo ú otro debe suplirse. Cuando las sociedades carecen de fuerza moral, preciso es que acudan á la fuerza material. ¿Y por qué en Alemania é Inglaterra, á pesar del grado de libertad que se disfruta en la última, y del desarrollo de la razon que hay en la primera, existe un órden mas firme, y la sociedad no tiembla de contínuo, expuesta al récio huracán de las facciones? ¡Sabeis por qué? porque la revolucion que pasó por estos paises no combatió, no persiguió tan encarnizadamente la autoridad, no la aniquiló en todos sus órdenes, como la combatió y aniquiló en Francia: la revolucion; allí no fué tan general, tan corrosiva, tan abrasadora. En Alemania é Inglaterra, á pesar del orgullo y altiva independencia de la razon, existe y se conserva la autoridad, cubierta con el prestigio de los años y rodeada del grandor. Autoridad en el trono, autoridad en la aristocrácia, autoridad en la familia, autoridad en todos los círculos, en todas las relaciones del Estado. En Inglaterra y en Alemania hay dos sociedades; una antigua, veneranda; y otra jóven, ardiente é impetuosa; pero que se muestra á veces dócil á los consejos de aquella, y que aun en su impaciencia, no falta al respeto que le inspiran su experiencia y sus años: es una madre grave al lado de su hijo, cuyo ardor templa, y cuyos ímpetus reprime. ¿Dónde hallar en Francia esta sociedad madre, esta sociedad antigua? ¡Ah! No la busqueis, murió en la revolucion.

[*Concluirá.*]

ARIOSTO.

(CONCLUYE.)

"Reducida mansion; pero cómoda é independiente y construida solo á mis espensas." Este último periodo no es indiferente, y prueba lo contrario de lo que han asegurado algunos escritores hablando de Ariosto, pues decian, debia esta casa á las liberalidades del rey Alfonso.

Preguntando un dia á Ariosto cómo habia hecho construir una casa tan sencilla cuando su imaginacion le habia sugerido en su orlando la descripcion de tantos magníficos palacios, contestó: "Porque es mas fácil encontrar palabras que piedras." No obstante, un crítico ha dicho, respecto de Ariosto, que no era fácil en la composicion de sus poesías; que sin cesar las enmendaba y que sus manuscritos conservados en Ferrara estaban casi ininteligibles á fuerza de correcciones. Dice ademas que ningun poeta moderno lo ha igualado en el género fantástico, género en el que la imaginacion encuentra mas recursos de alimentarse que en el de la apopeya esclusivamente heróica. Ninguno ha sabido con tanta maestría como él, hermanar lo sério y gracioso con lo terrible, lo sublime con lo familiar; ninguno ha presentado en sus escenas tan grande número de personages, de caractéres y de acciones diversas que todos conspiran á un mismo fin; ninguno mas poeta en su estilo, mas ameno en sus cuadros, mas fecundo en sus descripciones y mas exacto en la pintura de los caractéres y de las costumbres. Para compararle y preferir á otro poeta épico italiano pue rivaliza ó divide con Ariosto el primer puesto, es necesario comenzar por establecer la superioridad del género que su antagonista el Tasso escogió. Raras son las producciones que en un mismo género y comparadas entre sí, no aventaja Ariosto á su rival.

Ariosto reunia á la fecundidad de ingenio y fertilidad de invencion la mas exacta precision en los detalles de sus personages, y descubre en sus obras conocimientos profundos en la geografía. Tales son, pues, como pintamos en este pálido bosquejo, las eminentes cualidades que adornaban la privilegiada organizacion del autor del Orlando el furioso, obra que han admirado y admirarán las generaciones que se han sucedido y se sucedan, y tales son, pues, las causas porque ha escitado el entusiasmo de todos los pueblos y lo que ha impulsado á los hombres de diferentes naciones á emprender una fiel traduccion de esta bellísima obra maestra.

A RICARDA.

Ven á la sombra que en la márgen fria
nos da el sauz frondoso;
reclinate en mi pecho, amada mia,
encanto delicioso.

Ven á la sombra, porque el sol ardiente
refleja sus destellos
sobre tu blanca y amorosa frente
y tus rubios cabellos.

Y cual la flor que en el pensil se mece,
de tu faz la blancura,
con los rayos del sol desaparece,
y tórnace en oscura.

Ven, y entónces sonará mi lira
mas grata y armoniosa
que el canto de la tórtola que espira
entre la selva umbrosa.

Mas grave que el bramido del torrente
que inunda el ancho prado;
mas suave que el murmurio de la fuente
en el bosque callado.

Tan solo cantaré de tus amores
la angélica pureza,
ó cantaré tambien de mis dolores
la sin igual crudeza.

Ven á la orilla del sonoro rio,
lindísima Ricarda,
¡oh nunca el austro te marchite impío,
fragante flor, gallarda!

Amaina el vuelo, celestial paloma,
en medio de este prado;
respira de las flores el aroma
al aire dispedo.

Ven á gozar del bosque la frescura,
á respirar la perfumada brisa,
á escuchar el torrente que murmura,
á gozar mis amores indecisa.

Ven á escuchar el canto sonoroso
de la turba de pájaros canora,
ora que el sol alumbra luminoso
y al universo con su luz colora.

Ven, sí, Ricarda, sobre el pecho mio
reclina descuidada tu cabeza,
y acabe entónces mi dolor impío,
y acabe entónces mi tenaz tristeza.

Repiraré tu perfumado aliento,
libare de tus lábios la ambrosía,
y contigo, mi bien, siempre contento
viviré sin mortal melancolía.

Tú serás el arcángel de consuelo
que me guie en mi triste desamparo,
como al tender la noche el negro velo
al navegante el doloroso faro.

Y tú serás la fuente inagotable
en donde beba mi perpétua dicha:
solo mirando tu semblante afable
me juzgaré contento y sin desdicha.

Y contigo, mi bien, en lazo estrecho,
á mi existencia tu existencia unida,
gozaré sin pesares, satisfecho,
cuanto pueda gozarse en esta vida.

Huatusco.—Rafael Gonzalez Paez.

Sueños y presentimientos.—Los diarios de Boston refieren varios casos de sueños realizados, que á ser ciertos, no dejarán de preocupar las imaginaciones supersticiosas que creen en visiones del otro mundo, en presentimientos y otras mil zarandajas, opuestas al sentido comun. Parece que no hace mucho que una señorita llamada Wise, soñó que su hermano habia sido horriblemente estropeado, de cuyas resultas habia muerto. El sueño le preocupó de tal manera, que le fué imposible dormir en toda la noche. Pocos dias despues recibió un parte telegráfico en que sus amigos le anunciaban que su hermano habia sido víctima de un accidente desgraciado en un tren de ferrocarril cerca de Chatham, Estado de New-York. La hora en que ocurrió el accidente parece haber sido la misma de la noche en que despertó la señorita Wise, á consecuencia del fatal ensueño.

Otro de los casos, tambien de fecha reciente, lo refieren aquellos diarios de este modo: Un tal Mr. Colton, socio de la casa de Colton y Fuller, comerciantes de telas, soñó dos veces en una misma noche, que su almacen habia sido abierto, y una parte considerable de sus mercancías robada por una cuadrilla de ladrones. Colton despertó á su sócio que dormia en la misma pieza, y le refirió la extraña repeticion del mismo sueño; pero recibiendo por toda contestacion algunas espresiones de burla del soñoliento Fuller, volvió á acostarse. A la mañana siguiente recibieron los sócios la noticia de que su almacen habia sido efectivamente robado durante la noanterior de mas de 1.500 ps. en efectos.

Sin ir á Boston, hay personas que parecen tener mucha fe en sueños y presentimientos. Entre los casos que han dado márgen á esta creencia, hallamos el siguiente: Mr. W. S. Deverna, empresario del teatro de Chatgam, en esta ciudad, soñó una vez que su vida estaba en peligro, por hallarse amenazada de una caida, á la cual no podria sobrevivir. Este sueño le preocupó tanto que despertó á su esposa, y se lo refirió. Pocos dias despues se realizó su ensueño, pues pereció víctima de una caida.

Casamiento mudo.—La semana anterior se unieron con los lazos del matrimonio dos alumnos internos de la casa de sordo mudos. Ambos estaban privados absolutamente del habla y del oido, y los padrinos de su boda pertenecian á la misma especie de seres desgraciados. La ceremonia se verificó en la casa de sordo mudos, y

á presencia de un ministro de la iglesia protestante, quien les esplicó las obligaciones que ámbos contraian desde entónces, por medio de señas y gesticulaciones. Concluida la ceremonia, el presidente del instituto dirigió á los novios una alocusion muda, que ellos entendieron, al parecer, á las mil maravillas. Esta es una prueba mas de que el amor entra muchas veces por los ojos, y que la elocuencia de los lábios no es la única eficaz. Los individuos á que nos referimos se han enamorado por señas, y sin que la lengua tomase la menor parte en el asunto.

Ya voló.—La España de Madrid dice lo siguiente: "No va de broma. El dia 14 del corriente se verificó en la Puerta del Sol de esta córte el primer ensayo del Eolo del señor Montemayor en medio de un inmenso gentío. Desgraciadamente al henchirse el globo se hizo en este un rasgon que impidió al aereonauta subirse por los aires. Esto, no obstante, se vió al señor Montemayor pasar por encima de Carcasona, entre Perpiñan y Tolosa de Francia.

Algunos habitantes de Madrid quedarán acaso sorprendidos al oir la primera noticia, y les cogerá acaso de nuevo la segunda; pero tenemos á la vista documentos que comprueban una y otra.

"Hé aquí, si no, lo que traducido al pié de la letra dice en uno de sus últimos números el *Courrier de la Gironde*, periódico que se publica en Burdeos.

"Nuestro corresponsal de Madrid nos escribe con fecha 14 de Octubre, la carta siguiente:

"Ayer estaba todo pronto para la ascension del aereonauta J. Montemayor, del cual he hablado á vdes. muchas veces. El buque globo el *Eolo*, estaba completamente aparejado y dispuesto, y no esperaba mas que la aurora del dia 15 para elevarse magestuosamente por los aires. La maravillosa promesa de este viage que hace tres meses, es objeto en ésta de todas las conversaciones, iba á cumplirse, cuando una circunstancia imprevista ha venido á retardar su imaginacion por algunos dias.

Hoy ha sido henchido el *Eolo* en la Puerta del Sol, en medio de un gentío numeroso, empleándose en esta operacion nada menos que cuatro horas y media, porque el inmenso globo mide 2.000.000 de libras de gas hidrógeno. Esta primera prueba se hizo en presencia de una comision del ayuntamiento, la cual estaba encargada de extender una memoria sobre la construccion del globo, su solidez y fuerza ascensional probable.

Tengo el sentimiento de anunciar á vdes. que á causa de un pequeño rasgon que tenia el globo, decidió la comision que el buque aéreo no podia emprender un largo viage por la atmósfera sin una revision completa, aplazándose de órden superior por algunas semanas, debiendo advertir á nuestros lectores, que la causa de este mal éxito no debe imputarse al señor Montemayor.

El aereonauta se puso el mismo dia de la decision de la comision á reparar su globo. Parece que la tela del globo, poco flexible por el barniz de que se halla impregnada, se habia roto por diferentes partes, y era de temer que estas ligeras roturas degenerasen en los aires en grandes agujeros. La comision ha sido mas prudente que el aereonauta que queria intentar el viage, y la comision ha tenido razon."

A esta carta de Madrid, inserta en el periódico bordolés, añade el *Journal de Toulouse* las siguientes líneas:

"Un periodico de esta ciudad dice que el globo que debe ir de Madrid á Lóndres, habia sido visto atravesando los aires por encima de Carcasona. Esta noticia nos parece por lo menos prematura á juzgar por lo que dice al *Correo de la Gironda* su corresponsal de Madrid acerca de este famoso viage, en carta del 14."

Los anteriores párrafos llenarán de asombro al mismo Montemayor. Ahorrémonos comentarios."

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR UN AMIGO.

(CONTINUA.)

—¿Os escribe eso?....

—Ciertamente: la madre y la hija piensan con bastante nobleza para respetar vuestra resolucion de ir á Benarés; pero esa madre teme por los dias de su hija, que ahora se halla en grave peligro....

Conrado se puso pálido.

Mr. de Wallenroth salió un momento y volvió con una carta. Conrado la leyó, y no le quedó duda de que era de la señora Walter. Referia á Wallenroth la marcha precipitada del juez, añadiendo que habia observado ya hacia algun tiempo, no sin inquietud, que habia producido una fuerte impresion en el ánimo de Pepita: que iba desmejorándose: que los médicos se encogian de hombros, y la mandaban se distragese y viajase; pero que ella no queria salir de Alleck, y que ademas, estaba muy débil para soportar las fatigas de un viage. Toda la carta respiraba el dolor de una madre afligida.

Conrado se sentó en una silla, se cubrió el rostro con el pañuelo, y no pudo contener sus sollozos. Mr. de Wallenroth se aproximó á él, y Conrado cobró ánimo.

—Leo en vuestra alma, le dijo Wallenroth, y esas lágrimas justifican lo que he hecho. Conozco á Pepita: me es muy querida: es un ángel....¿la amais?....

—Sí, contestó Conrado.

—Pues bien, tranquilizaos: la salud de Pepita y la felicidad de su madre son para mí tan preciosas, que en cuanto recibia esa carta contesté por medio de un correo: "El caballero Eck no marcha á la India: las circunstancias han variado: regresará á Allek... Mi carta se halla ya sin duda en manos de la señora Walter. Decidme, ¿he hecho bien?

—Habeis hecho bien, dijo Conrado.

—¿Y no marchareis á la India?....

—Os digo que habeis hecho bien: siempre es bueno engujar una lágrima, aunque sea con el velo de la ilusion. Os doy gracias, señor de Wallenroth; escribiré desde aquí á Allek para mantener su esperanza: el tiempo es mas poderoso que el hombre: Pepita se salvará con esa estratagema inocente, y no por eso suspenderé yo mi viage á la India.

—Pues qué, señor Eck, ¿quereis hacerme mentir?

Conrado se encogió de hombros.

—¿Querriais, caballero, que fuese ingrato para el que me ha hecho lo que soy?....

—No: esclamó Mr. de Wallenroth: comprendo que la situacion en que os hallais de optar entre un padre ó un bienhechor que ha hecho las veces de tal, y vuestra querida es muy desgarradora.

—Los derechos de un padre son mas antiguos y mas sagrados que los de una amante: si fuese capaz de cometer una vileza, seria indigno del amor de Pepita, y me aborreceria....

—Examinemos el asunto bajo otro punto de vista, contesto Mr. de Wallenroth; es decir, que quereis volar al auxilio de un anciano, á quien una gruesa suma puede sacar de ahogos mas pronto y eficazmente que vos, y dejar sumida en la desolacion á una jóven á la que todo el oro del mundo no puede indemnizar de vuestra pérdi-

da: quereis ir á la India para cuidar de la corta existencia de un anciano, y tal vez para recoger el último suspiro de un hombre ya estenuado, y dejar aquí, en su primera flor, una vida privada de toda esperanza.

—Sigo la máxima, respondió Conrado, de no inquietarme nunca por lo que llaman *circunstancia* y *necesidad*, cuando habla el deber. La vida de Pepita y la de mi padre dependen de la voluntad del cielo; pero en mi mano está el hacer una buena accion, y haré lo que ordena el deber: lo demas queda al arbitrio del que todo lo rige y lo gobierna. ¿Tengo acaso seguridad de prolongar la vida de Pepita por medio de una infamia?

—No me habeis dejado concluir, caballero Eck, repuso Mr. de Wallenronth. He escrito que las circunstancias habian variado, y así es efectivamente. Apuesto que no vais á la India.

—¡Pues qué? ¿Ha muerto Mr. Marbel? ¿Quereis engañarme! respondió Conrado asustado, ¿ó habeis recibido por el último correo la noticia de que mi bienhechor regresa á Europa?. . . , Os ruego que no prolonguis mi tormento: ¡Padezco tanto!. . . .

—Nada de eso, prosiguió Mr. de Wallenroth sonriéndose. Vais á quedar asombrado: sois propietario de Alleck. No es mio: solo me ha pertenecido muy poco tiempo. Mr. Marbel me lo ha comprado, y lo ha destinado para vos; pero ántes queria saber hasta qué punto os habian aprovechado vuestros viages. Mr. Schmid ha sido el ejecutor de la voluntad de Mardel: habeis sufrido la prueba, y ahora todo está ya concluido: sois lo que Marbel deseaba que fuéseis. Hoy mismo os entregaré la escritura de donacion. Habeis ganado legítimamente á Alleck: os pertenece en propiedad.

Conrado estaba petrificado y no sabia qué pensar. Por último esclamó con voz temblorosa, y levantando hácia el cielo sus ojos humedecidos por el llanto.

—¡Generoso Marbel!. . . . ¡Siempre piensas en los demas, y jamas en tí!... ¡Conque ya no te encuentras en la indigencia?. . , Puesto que es así, (porque creo, señor de Wallenroth que no os burlais de mi en este momento solemne), os suplico, como igualmente á Mr. Schmid, que celebreis conmigo un convenio ventajoso. La propiedad de Alleck produce cerca de sesenta mil florines: dentro de pocos años valdrá ciento veinte mil: ¿quereis darme su importe en letras de cámbio sobre Lóndres?

—Antes de entrar en negociaciones, dijo Mr. de Wallenroth con marcada agitacion, necesitais tener en vuestras manos la escritura de donacion. En seguida fué á buscarla.

El banquero, en cuanto volvió á entrar en la habitacion Mr. de Wallenroth con la escritura, abrazó á Conrado, le estrechó contra su corazon, y salió llorando.

Mr. de Wallenroth no estaba mas tranquilo; entregó el documento á Conrado, y siguió apresuradamente á Mr. Schmid, para ocultar las lágrimas que no podia contener.

Conrado no comprendió la conducta de sus dos amigos. ¿Qué les sucede? decia entre sí, siguiéndole con la vista: tienen el semblante turbado. Mi resolucion de ir á la India merece indudablemente su aprobacion, ¿pues por qué se oponen á ella? ¿Qué les importa que marche ó que me quede, que gane ó que pierda? Porque para hombres, cuya alma se ha embotado con el comercio de la vida, todo se reduce en definitiva á ganar ó perder, haber ó deber.

Se sentó junto á uno de los balcones y desarrolló la escritura. Cuando llegó al nombre de Marbel, escrito por mano de su bienhechor, besó el sitio donde se habia apoyado aquella mano querida. . . . despues leyó. Era una cesion de propiedad con sus derechos y franquicias en favor de Conrado Eck.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONCLUYE.)

He aquí los tres caractéres, las tres grandes fases que presentan las sociedades actuales, vistas mayormente desde sus puntos mas culminantes. La extension de ideas, el dominio de la inteligencia, y la falta de autoridad. Si intentásemos examinarlas por otros lados, si quisiésemos mirarlas bajo otros puntos de vista, descubriríamos á buen seguro otros y variados elementos, que constituyen lo que se llama el espíritu del siglo, distintos rasgos que juntos forman la fisonomía que las sociedades actuales presentan. Mas basta esta rápida ojeada por lo que á nuestro propósito cumple, y para el encadenamiento de las ideas que aquí consignamos.

Hemos contemplado la sociedad; contemplemos ahora el individuo; como que las doctrinas influyen así sobre éste como sobre aquella, tanto en la generalidad de los hombres, como sobre los individuos en particular.

¡El espíritu humano!. . . . ¿Cuál es su situacion? Héla aquí, él escepticismo y el desengaño.

Antes del siglo XVIII, y especialmente antes que tronara en Witemberg la voz de Lutero, creia en la autoridad. Vino el protestantismo y el siglo XVIII; la razon se rebeló contra la autoridad, y entonces el espíritu humano creyó en la razon. Los desengaños fuernn crueles, los escarmientos duros, la prueba terrible; mas el espíritu humano creyó, tuvo fe, y su fe fue ardiente, y sus creencias fueron vivas. De ahí el martirologio de la revolucion francesa: de ahí la convencion, mónstruo horrendo á un tiempo y sublime: de ahí esos rasgos heróicos que nos arrebatan en medio de tanta sangre y tantos crímenes: de ahí madama Roland, y esos girondinos que marchan á la guillotina cantando con la frente serena y el corazon tranquilo; adorando á la razon que los asesina, y saludando á la libertad que los devora.

Entró por fin en su cauce aquel torrente inmenso, desbordado, furioso. Pasó el siglo XVIII, y pasó tambien la enagenacion y delirio de todo un gran pueblo. Mas desde entonces ¿qué ensayos no se han hecho, qué tenta tivas no se han practicado en todos los paises?

Ora se han derribado las instituciones antiguas, ora se han modificado las existententes, ora se han planteado

otras enteramente nuevas. Unas veces se ha dicho: "conservemos en cuanto dable sea lo nacional, sigamos la usanza de nuestros padres, poniéndola empero en armonía con el espíritu del siglo." "Afuera lo nacional, afuera lo antiguo se ha gritado otras veces, venga acá una civilizacion nueva y oropelada, la civilizacion deslumbrante de esos pueblos, los mas adelantados del mundo." Ya se derribó la aristocrácia, ya se ha querido mantenerla, ya se ha deseado levantarla sobre nuevas bases, y comunicarla distinto espíritu. En unos tiempos se ha dado un grande ímpetu a la democrácia, basta, se ha exclamado en otras, echémosla un freno en su arrebatada carrera, encerrémosla dentro de estrechísimos límites." Se han rasgado por la mañana las constituciones que se habian escrito en la víspera. Se ha compuesto y descompuesto mil veces la máquina de los gobiernos: pocos resortes y sencillos, se ha dicho en unas épocas, porque así el juego será mas fácil y el movimiento mas espedito." Que sean muchos y complicados, se ha encargado en otras, que haya contrapeso de poderes, porque de esta suerte la libertad se salva, y el despotismo es imposible. Se han refundido los códigos cambiándose y tornándose á cambiar el espíritu de las mas importantes leyes: la administracion ha sufrido las mas estrañas y encontradas vicisitudes; y al ver que unos tras otros han caido los mas hermosos sistemas; al ver que todavia los hombres públicos trabajan, se afanan, sudan, para que tenga su obra un poco de aplomo; al observar que despues de cincuenta años de una carrera rapidísima todavía no sabemos dónde estamos, y nos preguntamos unos á otros por la suerte de los pueblos y el porvenir de la humanidad; al recordar sobre todo que esas imágenes que tan bellas aparecieron en el rico y magnífico panorama de la filosofia del último siglo, pasaron despues por el mundo real vestidas de negro y salpicadas de sangre; el espíritu se abate, se entristece, se apaga la fe de los que creian, y la incertidumbre y la duda se apoderan de la razon.

Así que, el espíritu humano se halla en un estado confuso como el del desórden, cruel como el del desengaño, amargo como el de la duda, triste y abatido como el del escepticismo. Se desasosiega sin embargo, porque no cree y tiene necesidad de creer; ya que las creencias son la luz del entendimiento, y la esperanza del corazon; y el entendimiento ha menester la luz, y el entendimiento la esperanza. ¡Ah! El espíritu humano es una ave herida; revolotea, se agita, se fatiga, sin encontrar un punto donde posarse y sostenerse.

Y bien, ¿qué influencia tienen las doctrinas en la sociedad como la hemos descrito, y sobre los espíritus tales como los hemos presentado? Una respuesta daremos: las doctrinas deben de ejercer hoy una grande influencia, porque no tanto reina la fuerza como el pensamiento; no se levantan los brazos, sino las cabezas. En la edad media, en la época de la restauracion, cuando dominaban los señores y reinaban los reyes, aquellos y estos con toda la plenitud de su poder, no acontecia así. Ahora empero tienen las doctrinas un poderoso y universal ascendiente, porque falta la autoridad en las sociedades, la que no pocas veces quebrantaba el ímpetu de las ideas, obligándolas á que se presentasen con tiento y mesura, y haciéndolas pasar antes (permítasenos la frase) por ciertos canales, lo que debilitaba mucho su nervio: la lectura es universal, la inteligencia domina de lleno, hechos todos que comunican á las doctrinas un irresistible poder.

Esta verdad que se manifiesta con la sencilla observacion del carácter que tienen hoy dia las sociedades, se comprueba aun mas por los consejos que dan y los esfuerzos que practican los hombres eminentes de la época. No se valen precisamente de la fuerza para lograr la seguridad de los Estados y el mantenimiento del órden; acuden sí á ella, como el postrer remedio, mas lo que principalmente encargan es la buena direccion de los espíritus, lo que procuran es la propagacion de las ideas sanas, lo que predican en alta voz es la influencia de las doctrinas.

Pero ¿qué clase de doctrinas ejercen hoy influencia? Al llegar aquí, el alma se levanta, y una oleada de placer, y un rayo de esperanza entran en nuestro corazon. Sí: el dominio de las doctrinas malas va cesando al paso que se dilata y agranda el de las doctrinas buenas. Ni la fisolofía deista, ni la filosofía sensualista, ni la filosofía democrática hacen muchos prosélitos y alcanzan gran popularidad. Voltaire, Rousseau, Helvetius, esos tres cometas, presagio fatídico de la gran calamidad que habia de caer sobre la tierra, terminan su carrera, palidecen y se hunden en el ocaso. Los momentos actuales son los momentos que suceden á una gran catástrofe, momentos solemnes, momentos de desengaño y de dolor, en que replegada el alma dentro de sí misma escucha la verdad, y oye los avisos de la razon. Reviven los sentimientos religiosos, puros tambien y entusiastas; nótase un instinto siempre mayor hácia el órden, nobles ejemplos reemplazan á los escándalos cometidos, se remuneran las bellas acciones, se busca la verdad, se admira la virtud, y algunos la practican. Las ideas se rectifican, las costumbres se mejoran, si bien que al primer movimiento es mas lento, y el último mas tardío, como que aquel es mas fácil, y éste mas difícil; el cristianismo, por último, que en tiempos no muy distantes parecia esconderse para evitar la mofa de los unos y la persecucion de los otros, hoy se presenta otra vez, y derrama de nuevo su luz y despliega de nuevo sus pompas; y estad seguros de que si el filósofo de Ferney se levantase de la tumba y apareciese repentinamente en Francia, estad seguros que no recibiria, no, ni los favores de los príncipes, ni el homenage de los nobles, ni el triunfo de la multitud.

He aquí la situacion de los espíritus, he aquí el estado de la sociedad, he aquí la influencia que ejercen las doctrinas, he aquí el ascendiente de las buenas que va siendo mayor que el de las malas. No lo dudeis, hombres de la enseñanza y del poder, el terreno está preparado, arrojad la semilla útil, y creedlo; ella fructificará. Este es el consuelo en nuestros infortunios, esta es la esperanza de nuestra vida, estos son los tesoros del porvenir.

IR POR LANA

Y VOLVER TRASQUILADO.

Nos hallamos en un valle agreste situado en la parte mas pintoresca de Andalucía. Un riachuelo se desliza entre los sauces y hace andar las sonoras piedras del molino: una vacada está esparcida por la pradera; los grillos y las codornices cantan en los sembrados, y el blando susurro del agua se confunde con el del viento que mueve las hojas de los árboles. Algunos caseríos edificados al pié de la colina, como nidos de pájaros al pié de un matorral, revelan su existencia por medio de la columna de humo que exhalan de sus chimeneas, y mas á lo lejos la aguzada pirámide del campanario se destaca admirablemente sobre el fondo azul del cielo.

Tres hombres estaban almorzando sentados al rededor de una mesa en la sala baja de un cortijo de buena apariencia. Las ventanas que daban á la campiña estaban llenas de macetas de flores que perfumaban la estancia: las cortinas estaban blancas como la nieve, las tablas del piso lustrosas de puro fregadas, y todo allí presentaba un as-

pecto notable de frescura y limpieza.

Los tres convidados comian con buen apetito, en especial uno de ellos que por su trage tenia toda la traza de un viagero. Jóven todavía, los padecimientos y la fatiga habian marchitado su rostro, que contrastaba aun mas en aquel momento, con el de sus comensales, robustos y mofletudos como los honrados campesinos. Mirábanle ellos de vez en cuando con amistosa sonrisa, y parece que se complacian en excitar mas y mas su apetito.

—¿Quieres, hermano, este alon de pavo?

—Sí, en acabando la pechuga.

—¿Y esta perdiz te la comerás?

—Aunque sea con su compañera.

—¿Te gustan las truchas escabechadas?

—Seria hacerles muy grande injuria si dijese lo contrario: vengan hácia aca.

Y á este tenor, aves, pescados, legumbres, todo lo despachaba sin dejar por un momento sus dientes ociosos, hasta que al cabo de una hora recostándose en su taburete, esclamó:

—Os confieso que no he almorzado tan bien como hoy en toda mi vida.

—¿Será posible? ¡Tú que has frecuentado las mejores fondas de Madrid y aun de Paris!

—¡Oh! sí: mas de cuatro veces almorcé en Madrid en casa de *Genieys* y en Paris en el *Rocher de Cancale*, dejándome los quince y los veinte duros con la mayor frescura.

—¡Cáspita! Así no es estraño que no hayas medrado gran cosa en tus especulaciones.

—No ha sido por eso, hermanos queridos, sino porque Dios me ha castigado por desdeñar las humildes ocupaciones del campo y vuestra grata compañía, por aspirar á lo que solo pudo existir en mis doradas ilusiones. Me he quedado sin un cuarto, y no os traigo mas capital que la esperiencia.

—No merecia la pena, porque á nosotros no nos falta.

—¡Qué quereis! No se tienen por dos veces veinte años en la vida ¡Oh! ¡si uno pudiera volver á lo pasado! A mí se me puso en la cabeza que habia de hacer fortuna, y así que hicimos partijas la herencia de nuestro padre y reduje, como sabeis, cuanto me tocó á buenas monedas de oro, partí para Madrid, donde apenas hube llegado me enseñaron en un café un caballero que bebia ponche.

—¿Veis á ese caballero? me dijeron.

—Sí.

—¿Y qué pensais de él?

—Por ahora no pienso mas que en un señor bastante grueso y lleva gaban de color de castaña.

—¡Oh! ese es un grande hombre.

—¿Puede ser?

—Permitid que os presentemos á él.

De esta presentacion resultó un periódico.

—¿Cómo? ¿Tan pronto te engolfaste en la literatura?

—¡Si sabeis que esa era mi comidilla! Yo que me perecia por figurar en algun rinconcillo de un periódico, no pude resistir á la tentacion de publicar uno por mí y ante mí. Nuestro periódico fué fundado en el *Café Nuevo* una noche de verano, y dos dias despues apareció en Madrid LA TORMENTA. Necesitábamos un título fogoso, incandescente, terrible: queriamos que penetrase la antorcha radiante de nuestras convicciones en las tinieblas de la indiferencia é iluminar con la luz de nuestros principios los insondables abismos en que la sociedad corre á precipitarse, *La Tormenta* fué á un mismo tiempo socialista, humanitaria, progresiva y renovadora, minó los antiguos abusos y dió por el pié á el árbol secular de los privilegios. Diez hombres de estado redactaban la parte política, y dos docenas de literatos nos brindaban con sus composiciones para la literaria. Nuestro periódico fué el que inventó esas novelas en folletines, que empezando en primero de año, no acaban el dia de San Silvestre. Desgraciadamente no pudimos completar ni siquiera el primer tomo.

—¿Segun eso, se desbarató *La Tormenta*?

—Pasó como un meteoro, no sin dejar un ardiente recuerdo de su polémica: algunas paradojas mas en la prensa y bastantes doblones de menos en mi faltriquera.

—¿Y el señor grueso del gaban, preguntó otro de los hermanos?

—Estuvo á pique de salir diputado, que era lo que él deseaba; mas viendo que no podia lograrlo, comprometió el periódico con un fulminante artículo que le pudiera servir de méritos en otra ocasion, y se marchó á tomar los aires á Brusclas. Yo tuve tambien necesidad de tomar las de Villadiego, y acordándome del proverbio de que *nadie es profeta en su pátria*, determiné marchar á Paris, y desde la Carrera de San Gerónimo me trasladé al Boulevard de los italianos.

—Donde sin duda alguna serias bien recibido.

—¡Oh! perfectamente. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya tenia un amigo íntimo. . . . ó por mejor decir, un asociado. ¿No veis que tenia la cartera repleta de billetes de banco? Pero toda aquella cantidad me pareció mezquina y quise por lo menos triplicarla. Desde la literatura en que no habia hecho negocio, pasé á las especulaciones. En esta carrera no se adelanta sino á fuerza de audacia, y mi amigo, que era hombre emprendedor y amante de la novedad, hizo que interesase gran parte mis fondos en una empresa del empedrado. Cabalmente entonces esta clase de empresas traia alborotado á todo Paris, y no habia sugeto que no llevase su proyecto de empedrado en el bolsillo. Y no se trataba solo de piedras, como el nombre parece que lo indica, sino que habia empedrados de diversas clases de madera, de modo que en lugar de empedrar las calles, propiamente hablando, las desempedraban. Nosotros nos decidimos por el empedrado de hierro hueco, y al principio nuestra empresa iba grandemente, prometiéndonos el ciento por ciento de dividendos; pero desgraciadamente se inventó de allí á poco el empedrado con betun, lo que determinó en nuestras acciones una baja tan considerable, que la empresa se fué á pique.

—¿Y perdiste todo el dinero?

—Casi todo, con lo que se gastó en anuncios y prospectos. Despues de este lance se nos antojó especular en las ostras, y el acopio que hicimos privó de ellas á Paris durante ocho dias: todo calculado por nosotros para que subiesen de precio. Cuando ya llegó á su colmo la impaciencia de los aficionados y de los dueños de las fondas y pastelerías, nos decidimos á abrir nuestros almacenes, contando con una ganancia tan enorme como segura; pero todos nuestros vivalbos habian muerto. Tuve que contentarme con un dividendo de cien mil conchas. Anduve algun tiempo paseándome por Paris; pero esta es ciudad donde es malo pascarse sin dinero en el bolsillo. No teniendo otro recurso, tomé el partido de volver á la casa paterna donde vosotros, mis queridos hermanos, habeis vivido lejos de las borrascas y de las pasiones. Me habeis recibido como al hijo pródigo, habeis festejado mi llegada con un opíparo almuerzo, y me habeis hecho conocer que mientras yo iba á espigar un poco de tardía esperiencia, vosotros haciais ámplia cosecha de felicidad. Aquí me teneis para que dispongais de mí como mejor os parezca: yo á todo me avengo, bien persuadido de que no soy mas que una personificacion del proverbio: IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

SIGNO.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR UN AMIGO.

(CONCLUYE.)

La firma le sorprendió tanto, que sospechó que el documento era falso. Estaba fechado en Ratisbona, y solo hacia dos dias. ¿Cómo se hallaba allí la firma de Marbel, en caso de que fuese la suya?

Conrado se levantaba para ir á buscar á sus dos amigos, cuando Mr. Wallenroth con el rostro radiante de alegria:

—Y bien, mi querido Eck, le dijo, ¿me engañaba? Ahora ya no querreis emprender el viage de la India: os quedareis, ¿no es así?

—Nada menos: ese documento es falso....

—No, en verdad: es auténtico: os lo juro por mi honor.

—¿Pues si está con la fecha de antes de ayer?

—Seguramente.

—¿Quién ha puesto la firma de mi padre?

—¿Quién? ¿quién? Mr. Marbel: ¿no conoceis su rúbrica?

—Sí que la conozco; ¿pero cuándo ha firmado?

—¡Dios mio! ¿No lo veis?. . . Antes de ayer.

—¿Antes de ayer?. . . . ¿Me teneis acaso por loco? ¿Cómo ha podido firmar aquí, hallándose en Benarés, á no ser que haya regresado?. . . . Hablad, hablad, pues. . .

—No ha vuelto.

—¡Qué burla!

—No; no hay semejante engaño: jamas ha ido á la India, gritó una voz desde la habitacion inmediata.

Se abrió la puerta, y entró el anciano Marbel apoyado en el brazo de Schmid, y tendió los brazos á Conrado.

—¡Oh hijo mio!. . . dijo abrazando al jóven que estaba inmóvil como una estátua, no sabiendo qué pensar de lo que veia. Marbel lloraba.

—No, amigo mio, hijo mio, no he estado en la India. Ven; estréchame contra tu noble corazon. Tú eres la alegria de mi vida. . . ¡Alabado sea el Señor!. . . eres lo que debias ser. . . .

El júbilo del anciano Marbel no era menor que el de Conrado, que permaneció largo tiempo sin poder proferir una palabra para manifestar su asombro. Tanto le habian dicho, y hablado él mismo, que pasadas algunas horas aun no concebia nada de lo que aquello significaba.

—Ven acá, hijo mio, le dijo Marbel; voy á referírtelo todo por su órden; siéntate á mi lado. Es cierto que he sufrido toda especie de disgustos en W. . . No sé por qué se le antojó al príncipe conferirme un título de nobleza. Respeto esta cualidad: es necesaria una escala social, aunque la lana sirve mas que el nombre para distinguir á la oveja de la cabra. En buen hora que el funcionario público, que cifra su felicidad en la sociedad del príncipe, y que desea valerse de aquella influencia para estender el círculo de sus beneficios, deje ennoblecerse; hace muy bien en mi concepto: es una herencia útil y provechosa para sus hijos. Pero un hombre que ni tiene hijos ni influencia, que no solicita ningun empleo, que se halla contento, que tiene lo que no pueden dar los príncipes

un corazon puro, y que hace cuanto bien le es posible: para semejante hombre un pergamino no sirve mas que de incomodidad y de sujecion. He acostumbrado con mucha frecuencia á tomar con seriedad cosas insignificantes: heri, pues, la susceptibilidad del príncipe con mi negativa, ó mas bien la de sus cortesanos, y me acordaré de ello largo tiempo. Procuraron armarme asechanzas, me irrité, y mudé de domicilio. Entonces fué cuando te encargué me participases con regularidad cuanto te ocurriese, aun cuando no recibieras carta mia: me cuesta tanto trabajo escribir. . .

Me retiré á una casa de campo, y allí vivia tranquilo; pero Dios vino á visitarme y á hacerme conocer que el cielo no está en este mundo terrenal: fuí atacado de una calentura pútrida, como la llaman los médicos. Viéndome en peligro de muerte, me preguntaron si tenia hecho testamento. Tenian razon; el que no se halla preparado para morir y comparecer á cualquier hora ante el Divino Juez, tiene verdaderamente el codo roto. ¿Me comprendes, Conrado?

¡Pero yo no tengo hijos!. . . en cambio no me faltan parientes lejanos que esperan con impaciencia mi muerte, y que ignoran el buen uso que debe hacerse del dinero: me engaño, porque entienden maravillosamente las reglas de su interés; son ambiciosos, vanos, tienen buena mesa, y reputan como una necedad el privarse de un poco supérfluo para darlo á los que nada tienen. Estas gentes, decia yo para mí, son bastante ricas. He educado ó hecho educar un gran número de niños; mas ¿sé yo por ventura si son lo que deben ser, y si tienen agujeros en los codos?. . . Para concluir pronto, lego á cada uno de ellos una suma igual, que les sirva para el porvenir: tanto peor para ellos si no la invierten bien.

En cuanto caí enfermo y me ví asistido por personas mercenarias, sentí la profunda necesidad de ser amado por mí, por mí solo: pensé en tí, y deseé volverte á ver. Quise sujetarte á pruebas y ver si tenias tambien el codo roto. Habia comprado la propiedad de Allek, verdadera mansion de la miseria. No hay prueba mejor, pensé, para saber si tiene buen corazon y juicio recto: mi amigo Wallenroth fué bastante complaciente para prestarme su nombre. Mr. Schmid hizo anunciar en un diario la plaza de juez, y te lo llevó él mismo: lo demas ya lo sabes.

Mr. de Wallenroth incluyó una cláusula en favor de una pobre viuda de un sugeto á quien conocí mucho. Habia sido mi amigo en la infancia: su esposa era un ángel bajo la forma humana, y si no hubiera amado á mi amigo Walter la habria propuesto nuestro enlace. Cuando estaba soltera, la amaba en silencio: lo ignoró, y apenas me conocia. Pero como ya te he dicho, amaba á Walter. Me alejé y procuré combatir una pasion, que sin mentir, me habia hecho en el codo un agujero casi irreparable. Solo de cuando en cuando recibia por Mr. Wallenroth noticias del objeto de mi cariño, y al fallecimiento del buen Walter, sin dejar bienes algunos, socorrí á la viuda por conducto de Mr. Wallenroth, y la colocamos en Alleck.—Esa muger es un ángel, dije á Wallenroth.—Si es un ángel, me contestó, su hija Pepita es un serafin.—Si es así, pensé, y Conrado es un jóven escelente, mi proyecto no puede frustrarse. La señora Walter permanecia con su serafin en Alleck, y te trasladamos allí.

Siempre que ibas á W. . . para rendir cuentas á Mr. Schmid, me dirigia yo de incógnito á Alleck, y mi corazon gozaba al oir hablar de tí. En un año ejecutaste muchas cosas: entonces resolví adoptarte por hijo y dejarte todos mis bienes, porque yo decia entre mí: Conrado es un escelente jóven, sigue mis huellas, pero ¿me amará como á un padre? Para salir de esta duda representamos la farsa que puso á tu corazon en la angustia que por poco le hace romperse. No ten-

gas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis dias el paraiso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck, viviremos juntos, y ya no nos separaremos. . . . sí. . . . nos separaremos. . . . . pero lo mas tarde posible. . . . Marbel se enjugó una lágrima. Vamos, no pensemos en eso, haremos un cielo de Alleck. . . . pero un cielo sin nubes, ¿eh?. . . . . Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido. . . . . Tú, Conrado, ¿no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu serafin?. . . .

Pasado algun tiempo se efectuó el matrimonio: y al salir de la iglesia subieron al carruage.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí ni un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Tú vas á ponerte en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R. . . . he aquí tus instrucciones. Dentro de quince dias á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viage.

Así se hizo en efecto: al cabo de quince dias Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su jóven esposa. Mr. Marbel, la señora Walter, y toda la poblacion salieron á recibirlos, prorumpiendo en gritos de alegría.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel enjugándose las lágrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¡fueron felices?

—Felices, como los santos en el cielo, esclamó María.

—¡Ah! ¡ah! dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba; Conrado sois vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habeis retratado á María. He aquí que ya concluye todo mejor que en mi pierna de madera. Veamos, querido Félix, ¿qué es lo qué pensais hacer? ¿por qué partido os decidís? ¿por el de sí, ó por el de no?

—Por el de la afirmativa, coronel; me casaré con Luisa Blum.

—Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una jóven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitan que murió durante la campaña de Francia?

—¿Cómo sabeis todos esos pormenores?

—Porque Luisa Brum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viage á América. Habituado á andar, preferí caminar á pié las seis leguas que me faltaban todavía hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mansion aquí ha reconciliado con muchos buenos sentimientos y dulces creencias á mi corazon despedazado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mí, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado honrosamente mi posicion, aunque poco ventajosa; si la quereis, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Félix, es un sitio en vuestro hogar, un sitio como el que ha encontrado aquí.

—Ademas, tendreis toda la ternura de un hijo, contestó Felix.

Abrazáronse, y al dia siguiente por la mañana, la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no esperimentó emociones menos vivas, cuando su tio la presentó á Félix y la dijo:

—He aquí á tu esposo; ¿le quieres, sí ó no?. . . .

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió ni sí, ni no; pero dió la mano á su tio, y alargó la otra á Félix.

VARIEDADES.

LA MUGER.

SENCIBILIDAD, INTELIGÉNCIA, CARACTER E INCLINACIONES DE LA MUGER.

MUGERES DE DISTINTOS PAISES.

La muger, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mugeres en general tienen el gusto muy delicado, un ruido grande las asusta, son indiferentes ó aparecen distraidas á la simple palabra; mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante escita su conmiseracion, y un quejido las aflige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observar les parece preferible al placer de tocar ó de oir: *ver* exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, aun cuando nos espone á no pocos errores. Pregúntese á una muger de talento, jóven todavía y bonita, cuál es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaria gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo estableceria la armonía en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaria, cómo juzgaria sobre la afeccion que inspira, y cómo corresponderia á ella? La vista es el sentido del amor y de la coquetería.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mugeres tienen mas tendencia á agradar que á poseer; son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dósis de sagacidad para que puedan fundar sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida, las persuade fácilmente de la vanidad de sus teorías, y un secreto instinto las advierte que las generalidades en todas las cosas no son mas que soberbias mentiras, y esto las he disuadido constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamas han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó las fastidian. La muger comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mugeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante déspota ó nu